

Multilibros

por Francisco Zendejas

¿Cien años de poesía, por su peso, aniquilarán aquella centuria de soledad, que hiciera famoso a García Márquez?

Tal vez, o nunca quizá, porque hay fenómenos literarios que se enseñorean de pueblos y épocas enteros y no los sueltan.

Cien años de poesía han venido construyendo los poetas que se iniciaron con el nombre de González Martínez, aquel de “tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje”, dístico que mandó a la tumba al Modernismo hispanoamericano.

Pero mucho después vino aquel inolvidable soneto dedicado a la lamentación por el hijo del poeta muerto.

Muerto efectivamente en planta prematura; el hijo poeta del poeta, que venía haciendo materiales las líneas poéticas, aquellas de su padre: “Mañana los poetas, dirán con nueva lira, estas mismas conmociones” (dispense el lector si en el albedrío que nos da la urgencia de informar hemos falseado la letra del poeta; pero la idea era esa).

Ahora el descendiente de tamaña tradición poética, el nieto que llena, nada menos, esos cien años de poesía, que tiene el título *Para deletrear el infinito* (ed. Cuadernos Americanos).

Enrique González Rojo ¡poeta a la vista!, resume en una cuarteta fenomenológica el misterio de lo ambiguo natural; transcribimos:

“Para poder cargarlo
en una pata,
liviano debe ser
el sueño del flamenco”.

No es teoría, ni siquiera suposición; creemos nosotros que esas imágenes no se dan de pronto; que vienen en el correr de la sangre. ¿Por qué, si aceptamos, clínicamente que el alcoholismo se transmite sanguíneamente por generaciones, podemos negar que la poesía efectúa, opera, y labra lo mismo? —y esta noche a las 10.30, en Radio Universidad.

Multilibros, Excélsior, 2 de septiembre de 1972